

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

Página

Jesucristo, Señor de la Iglesia	1
Estudio Exegético - Práctico de 1 Cor. 1..	9
La relación entre la Doctrina y la Obra Universal de la Iglesia	16
Unos principios bíblicos en cuanto a la Libertad Cristiana	21
Bosquejos para Sermones	36

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Año 7

Segundo Trimestre - 1960

Número 26

ESTUDIO EXEGETICO - PRACTICO DE 1. Cor. 1.

(Continuación)

2. *Glorificación del poder divino del Evangelio.*

(Versículos 17b-31)

Con tres argumentos el apóstol demuestra el poder divino del Evangelio, citando al caso el testimonio de la Sagrada Escritura, la experiencia humana y general y el carácter de la comunidad cristiana en Corinto. Así escribe en los versículos 19-20a: "Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿dónde está el escriba? ¿dónde está el disputador de este siglo?" Estas palabras son citadas, aunque no textualmente, del profeta Isaías. Este profeta escribe, en el capítulo 24:14: "Por tanto yo volveré a obrar maravillosamente con este pueblo: cosa asombrosa y maravillosa voy a hacer; y perecerá la sabiduría de sus sabios, y la inteligencia de sus entendidos desaparecerá." Y otra vez dice, en el capítulo 33:17-18: "Tus ojos contemplarán al rey en su hermosura, mirarán la tierra que está muy lejos. Tu corazón entonces recapacitará el terror de hoy, diciendo: ¿Dónde está el que pesaba el dinero? ¿dónde está el que contaba las torres?" Así Dios, ya ocho siglos antes, había revelado al pueblo de Israel mediante el evangelista del Antiguo Testamento, cómo la sabiduría humana habría de enmudecer y avergonzarse ante la sabiduría de Dios. Ya fuesen los sabios en general, los que habían acumulado gran saber: ya fuesen los escribas judíos, sabios en cuanto a la letra de la ley, pero ahogados por el concepto de su justicia personal; ya fuesen los sabios del mundo, en realidad los grandes disputadores de este mundo, los filósofos griegos: a todos ellos Dios les había pronunciado ya su juicio desde mucho antes. La sabiduría y la inteligencia de todos ellos sería destruida y anulada, es decir, declarada y demostrada ser necesidad. Pues el grande y sabio Dios no se atendería a las especulaciones de ellos, sino que haría proclamar su Palabra de la cruz como único medio para el conocimiento de Dios y el logro de la salud eterna. De la Escritura los corintios ya podían discernir que ante Dios no tiene valor aun la sabiduría más brillante de este mundo.

Por otra parte, eso también lo enseñaba la experiencia. La profecía de Isaías había hallado su cumplimiento. San Pablo continúa: "¿No ha tornado Dios en insensatez la sabiduría del mundo? Porque ya que en la sabiduría de Dios, el mundo por medio de su sabiduría no conocía a Dios, plugo a Dios salvar a los creyentes, por medio de la insensatez de la predicación. Pues que los judíos piden señales, y los griegos buscan la sabiduría; mas nosotros predicamos un Mesías crucificado, tropezadero para los judíos, y para los gentiles insensatez; mas para los que son llamados de Dios, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres." Vers. 20b-25. — Ciertamente, los corintios tenían la prueba a la vista. La sabiduría del mundo, tanto de judíos como de griegos, siempre fué insensatez ante Dios, mas por medio de la revelación de la sabiduría celestial en el Cristo crucificado Dios evidenció y enjuició la sabiduría del mundo, una vez por todas, como insensatez. El mundo, andando en los caminos de su propio saber, buscó a Dios sin hallarlo; andando en su propia sabiduría no alcanzó el discernimiento verdadero y salvador de Dios. Jamás un hombre alcanzó la bienaventuranza por medio de la sabiduría humana. Es verdad que según su naturaleza el ser humano sabe de la existencia de un Dios. Dios no dejó de dar testimonio de sí mismo. Una persona razonable concluye la existencia de Dios, y aun algunos de sus atributos, a través de la obra de la creación. Pero el nombre de Dios, la esencia de Dios y el camino de la salvación preparado por Dios para el mundo pecador, eso no lo puede descubrir por sí mismo ni aun el más sabio entre los sabios. Como lo hicieron aquellos atenienses, deberá dedicar su altar al dios desconocido. Dios vive en una luz inaccesible. 1. Tim. 6:16. Y sin un discernimiento verdadero de Dios ningún hombre puede ser salvo. Pues 'esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste.' Juan 17:3. Mas ninguno de ambos, tanto el mundo judío como tampoco el griego, habían alcanzado este discernimiento. Verdad es que los judíos estaban más próximos a la salud. Dios se les había revelado en las escrituras del Antiguo Pacto. Ellos tenían celo por Dios, pero no según ciencia. Rom. 10:2. Ellos

se gloriaban de la Ley, mas no reconocieron a Aquél, de quien testimoniaban Moisés y los profetas, el Cristo crucificado. No querían recibirle, cada vez exigían más señales de él, se escandalizaban de su humildad, particularmente de su muerte en la cruz. Ellos querían un Mesías terrenal. El camino de la salvación fué para ellos el de la Ley y no el de la fe en el Crucificado. Mas fueron avergonzados en tal intento, pues plugo a Dios salvar a los creyentes y darles la bienaventuranza por medio de la Palabra de la cruz, palabra esta que les parecía a ellos insensatez.

No les fué mejor a los griegos y otros gentiles. A éstos les interesaba primordialmente la sabiduría. Leemos, por ejemplo, en Hechos 17:21: "Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, no se ocupaban en otra cosa sino en decir o en oír alguna cosa nueva." Sólo aceptaban lo que les sonaba a gran erudición. La orgullosa razón era la norma para ellos. Y fué por eso que despreciaban la palabra de la cruz. El mensaje de un redentor crucificado, de una resurrección de la carne, esto no encajaba en su manera de pensar. Que no se los molestase con semejantes disparates. Y sin embargo, aun con toda su sabiduría, Dios los juzgó por necios. Pues a pesar del desprecio y del antagonismo que manifestaron, Dios no solamente hizo proclamar esa palabra de la cruz, sino que diariamente confirmó el poder y la sabiduría divinos de esa palabra llamando a la fe y salvando a algunos entre ellos, ya fuesen judíos, ya fuesen griegos. "Porque, agrega, lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres." Vers. 25. Podrán los hombres tildar esa palabra de la cruz como una insensatez, es y seguirá siendo empero la Palabra de Dios, Palabra que los llamados y creyentes sienten y reconocen como poder y sabiduría de Dios. Pues a ellos les provee paz, tranquilidad y esperanza.

"Mas nosotros predicamos un Mesías crucificado." Por la gracia de Dios fué éste el lema de nuestro sinodo en el pasado, lo es en el presente, y lo será también en el futuro, si es que queremos admitir nuestra responsabilidad y cumplir con nuestro deber. El Cristo crucificado es el centro de cada sermón cristiano. Nada debe apartarnos de esto, ni los argumentos de la razón, ni los alardes de la ciencia moderna, ni las exigencias de

los incrédulos, quienes, cual un moderno Tomás, exigen señales y milagros: ni los hombres que pretenden solamente sabiduría, ni las protestas materialistas de aquellos que propugnan un evangelio social, y tampoco debe apartarnos de esta meta el éxito escaso que logra, muchas veces, nuestra labor eclesiástica. Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Lo mismo que en los acontecimientos de la naturaleza y de nuestra vida, así también en el terreno espiritual, no son nuestros los caminos de Dios, ni los pensamientos de Dios son los nuestros. "Mas en verdad hablamos sabiduría entre los perfectos: bien que no la sabiduría de este siglo, ni de los jefes de este siglo, los cuales van llegando a su fin: mas hablamos la sabiduría de Dios en misterio: es decir, sabiduría que ha estado encubierta, la cual predestinó Dios, antes de los siglos, para gloria nuestra." Cap. 2:6-7. Así como la lluvia y la nieve no tornan vacías, así también la palabra de la cruz cumple lo que a Dios le place, y alcanza aquello para lo que fué enviada. Is. 55:10-11. Por lo tanto sigamos confiadamente con la predicación de la palabra de la cruz, encomendando su éxito a Aquel que nos prometió que los poderes del infierno no prevalecerán contra su Iglesia.

Para probar, finalmente, a los corintios la impotencia de la sabiduría humana, por un lado, y por el otro, para convencerlos del poder divino del Evangelio, el apóstol llama la atención de ellos sobre los acontecimientos en la propia ciudad de ellos. Allí Dios había congregado una comunidad cristiana floreciente, cuyos miembros no provenían de la casta de los sabios y los eruditos, sino antes de las clases llanas, judíos y griegos del vulgo. El apóstol escribe: "Pues, mirad vuestra vocación, hermanos, como que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles tienen parte en ella: sino que ha escogido Dios las cosas insensatas del mundo, para confundir a los sabios; y lo débil del mundo ha escogido Dios, para avergonzar a lo fuerte; y las cosas viles del mundo y las despreciadas ha escogido Dios y aun las que no son, para anonadar a las que son: para que ninguna carne se glorie delante de Dios." Vers. 26-29.

"Pues, mirad vuestra vocación, hermanos", comienza diciendo el apóstol. Según el texto original, estas palabras pueden

entenderse como una declaración y también como un imperativo. En el primer caso podríamos traducir: "Pues veis vuestra vocación, hermanos". Ambas maneras son posibles. El sentido no varía. Por cuarta vez usa aquí el apóstol la palabra "hermanos", ya sea porque quiere asegurar a los corintios su amor fraternal, ya sea porque con ello intenta restablecer las relaciones fraternales en aquella congregación. La palabra traducida con "vocación" significa "llamado", el llamado divino dirigido a la humanidad pecadora para que ésta acepte su gracia. Así los creyentes en Corinto eran aquellos a quienes Dios había llamado de las tinieblas a su luz maravillosa. Hasta donde es posible para los hombres, ellos debían juzgar a los creyentes como llamados de Dios y como personas que habían obedecido ese llamado divino. En fin, los corintios debían examinar su propia congregación en ese aspecto.

¿Y qué descubrirían? Esto, que allí no se hallaban muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles enrolados en las filas de esa congregación. Descubrirían, ante todo, que en su medio no se encontraban muchos sabios según la carne, o sea, personas que llegaron a destacarse en la sabiduría humana. Los había, sí, muchos que eran sabios espiritualmente, sabios en cuanto a las cosas relacionadas con Dios. Eso lo había mencionado ya el apóstol en los versículos 5-7. Allí dice que ellos habían sido enriquecidos en él, en todo don de palabra, y en toda ciencia. No carecían de don alguno. Mas sabios según el concepto de la carne, intelectuales según el juicio del mundo, no los había en su medio. Mayormente la congregación estaba compuesta de personas que no habían alcanzado un nivel cultural elevado, y por eso el mundo los catalogaba como insensatos, como ignorantes. Tampoco se hallaban entre ellos los poderosos, personas que eran influyentes en el mundo social, económico y político. Aquellos cristianos de Corinto eran más bien gente de origen y posición humildes, despreciados por los grandes y poderosos de este mundo. Tampoco se hallaban en el seno de aquella congregación personas de elevada alcurnia, sino personas de origen llano.

"No muchos", dice el apóstol, pero si algunos. Y así fué siempre. A través de los tiempos la grey de Dios se compuso, preferentemente, de personas que a los ojos del mundo equiva-

lian a nada. Pero, por otra parte, Dios siempre incluyó en su rebaño también a aquellos que merecían consideración según el juicio del mundo. Así hubo, en tiempos de Abrahán, un rey Abimelec. Hubo un Moisés, instruido en todas las ciencias de los egipcios. Hubo un Salomón, cuya sabiduría vino a escuchar una reina de tierras lejanas. Un Daniel y sus compañeros alcanzaron elevadas posiciones en la corte babilónica. Un Nicodemo y un José de Arimatía se contaban entre las amistades de Jesús. San Pablo conquistó en Atenas a un Dionisio. Aquí, en Corinto, un tesorero de la ciudad, Erasto, era de la congregación. Así Dios siempre proveyó para que en toda época alguno de los personajes de este mundo hallase entrada en su reino, así como algún camello pasa por el ojo de una aguja. No muchos, pero siempre alguno. Los nombres de éstos, por lo común, no se leen en los diarios, pero sí están anotados en los libros del cielo.

A éstos, dice el apóstol, Dios se los escogió para avergonzar a los fuertes y a los poderosos de este mundo, para anadar su gloria y orgullo. Eso no quiere decir que Dios haya pasado por alto, que Dios haya ignorado intencionalmente a los de este mundo. También para ellos tenía valor y sentido la palabra de la cruz: siempre que ellos aceptaban el mensaje del Cristo crucificado, eran a su vez aceptos ante Dios. Mas no los aceptó Dios por causa de la sabiduría y otras supuestas preeminencias de ellos, sino de gracia, por causa de Cristo, mediante la fe. Al elegir a los insensatos, los débiles, los viles, Dios demuestra que nada le importan la sabiduría y el poder humano. Dios no quiere que ante él se glorie hombre alguno: "para que ninguna carne se glorie delante de Dios". Quien alcanza el cielo, sea rico o pobre, de posición social elevada o humilde, tendrá que dejar sus méritos personales para cubrirse sólo con los méritos de Cristo. Sin esos méritos de Cristo nadie podrá ver al Señor. El que se gloria, gloriése en el Señor, tal como veremos al tratar el versículo final de este capítulo.

Al meditar sobre este párrafo no deja de sobrevenirnos extrañeza y asombro. Nos parecería natural que el apóstol dijera que muy pocos de entre los sabios y poderosos aceptan la palabra de la cruz y son salvados, pero que muchos entre los insensatos, débiles y viles entran en el reino de Dios. El compor-

tamiento respectivo ante el mensaje del Evangelio explicaría satisfactoriamente el resultado. Mas no habla así el apóstol. En el versículo 21 dice que *plugo* a Dios salvar a los creyentes, por medio de la insensatez de la predicación. Aquí dice que Dios escogió a los insensatos, débiles y viles, con la intención de avergonzar a los sabios y poderosos del mundo y destruirlos, para que ninguna carne se glorie delante de Dios. En verdad, esto suena extraño e incomprensible. Parecería insinuar que Dios hizo sobrevenir al mundo un juicio punitivo. Esa suposición cobra mayor fuerza al recordar aquella palabra de Jesús: "¡Gracias te doy, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños! Sí, Padre, gracias te doy, porque así pareció bien a tu vista." Mat. 11:25-26. Mas, ¿en qué consistió ese juicio? ¿Tal vez en que Dios, cuando la caída del hombre en pecado, le quitó a éste el bienaventurado conocimiento de Dios y le dejó con un conocimiento natural precario? ¿O se refiere esto a un juicio particular sobre los sabios y entendidos? Así parece. Leemos en Juan 12:37-40: "Pues aunque había hecho tantos milagros delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliera la palabra que habló Isaías el profeta: Señor, ¿quién ha creído nuestro mensaje? ¿y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Por esto ellos no podían creer: pues que otra vez dijo Isaías: Él ha cegado los ojos de ellos, y endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, y no perciban con su corazón, y se conviertan, y yo los sane." Y en Romanos 1:21-24 escribe el apóstol Pablo: "Por lo mismo que, cuando conocieron a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se hicieron vanos en sus razonamientos, y entenebrecióse su fatuo corazón. Profesando ser sabios, se tornaron insensatos, y trocaron la gloria del Dios incorruptible en una semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles. Por lo cual, los entregó Dios, en las concupiscencias de sus corazones, a inmundicia, para que deshonrasen sus mismos cuerpos entre sí." Y en 2. Tes. 2:10-12 escribe: "Por cuanto no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos. Y por esto, Dios les envía la eficaz operación de error, a fin de que crean a la mentira; para que sean condenados todos aquellos que no creen a la verdad, sino que

se complacen en la injusticia." — En todos esos textos la Sagrada Escritura habla de tales juicios punitivos, y por eso es aceptable que en nuestro texto el apóstol también piensa en un juicio similar. De ninguna manera cabe que Dios haya pasado por alto a ciertas personas: pues la Escritura testimonia claramente que Dios no quiere que alguien se pierda, sino que todos los hombres vengan al arrepentimiento. Mas cuando los hombres se tienen a sí mismos por sabios, cuando desprecian la palabra de la cruz y se burlan de ella, llega el momento cuando ya no distinguen nada. Finalmente les sobreviene aun el juicio del endurecimiento, y por propia culpa se pierden. Así, finalmente, Dios pronuncia sobre la sabiduría y el poder su juicio de muerte. Mas cómo son llamados y salvos, sin mérito propio, los insensatos, los débiles y los viles, eso sobrepasa nuestra razón. Nos hallamos aquí ante el mismo misterio, del cual escribe San Pablo, en Rom. 11:33-35: "¡Oh profundidad de las riquezas, así de la sabiduría como de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? ¿o quién ha sido su consejero? ¿o quién le ha dado a él primero, para que le sea recompensado?"

(Continuará)

LA RELACION ENTRE LA DOCTRINA Y LA OBRA UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Por el Prof. E. C. Kieszling

PARTE TERCERA

La Vida Integral

Estudiadas ya la Vida Contemplativa y la Vida Activa, nos resta ahora ocuparnos en la tercera y última de las categorías establecidas por S. Agustín, a saber, en la Vida Compuesta o Integral, producto de la unión — creadora, y no meramente mecánica — de la práctica con la teoría. La vida integral resulta cuando nuestra manera de actuar es determinada por las experiencias adquiridas mediante el estudio. Esto, sin embargo, no es tan sencillo como parece; en realidad, la vida integral es sumamente compleja, en más de un sentido.